

POR QUE ESTAMOS CON VILLARREAL⁴⁴

Con encono inexplicable ha sido atacado en los últimos días el señor General Antonio I. Villarreal, precandidato a la Presidencia de la República.

Esa animadversión, que en algunos casos raya en odio implacable, tendría razón de ser y justificación completa, si el general Villarreal fuese uno de esos revolucionarios prevaricadores que han pospuesto el deber y el ideal a mezquinos y vulgares apetitos.

Pero, si Villarreal es, como nadie lo duda y muchos podemos con todo fundamento afirmarlo, un hombre de honradez intachable, si ha sido siempre fiel a sus convicciones, si ha hecho y hace honor a sus antecedentes de viejo e íntegro luchador, ¿por qué ese odio inextinguible, esa pasión malsana, esa animosidad irrefrenable, que hace preferir todo, hasta la división y el cisma, antes que aceptar la posibilidad siquiera, del triunfo merecido y legítimo, democrático y honesto, que por derecho y en justicia pudiera y debiera corresponder en la actual justa, a la candidatura de Antonio I. Villarreal?

¿Qué cargo serio se ha lanzado contra éste?

¿Tiene por ventura la menor consistencia el cargo, tantas veces repetido, de que no hay que aceptar a Villarreal, por el hecho de que su precandidatura ha surgido dos o tres veces con anterioridad al momento actual? Lo único que esto significaría es que la personalidad de Villarreal ha tenido y tiene bastante relieve para atraer en su torno numerosos votos y adhesiones, para provocar ayer y hoy, corrientes de franca simpatía.

Y concretándonos al instante que hoy vivimos, ¿puede atacarse válidamente a Villarreal porque no rehúya, y sí acepte con decisión y bizarría, la nada envidiable jefatura de una partido de oposición, que trae aparejadas responsabilidades y peligros, vicisitudes y riesgos de especie? ¿Aceptar una candidatura de combate, que puede costar la vida, es actitud digna de

⁴⁴ *Nuevo Régimen*, periódico político de oposición, México, D. F., lunes 12 de marzo de 1934.

reprobación, o constituye más bien una demostración palpable de valentía y alto civismo?

¿Dónde está, repito, el cargo serio, contundente, aplastante, contra Antonio I. Villarreal?

Yo sostengo que es un mérito, y no una deshonra, haberse desligado de la administración carrancista, en momentos en que, con un poco de ductilidad y sobre la base de méritos indiscutibles, se hubiesen podido alcanzar recompensas y honores. Sostengo que es también en alto grado meritorio, haberse enfrentado una y otra vez, en 1923 y en 1929, a la ambición y al poderío de Calles, en quien Villarreal, más darividente que muchos de nosotros, descubrió, desde entonces, al más peligroso y nocivo de todos los despotas habidos hasta hoy en México.

No sé ni me explico por qué se carga en la cuenta de Villarreal, en vez de abonarla en su haber, su eterna e irreductible rebeldía.

Rebelde, o a lo menos digno e inconforme, ante Carranza, cuando éste en 1914, se negaba a incorporar al Plan de Guadalupe, las trascendentales reformas y adiciones que la División del Norte y la del Noroeste (encabezada esta última por Villarreal) planteaban y exigían en los célebres tratados de Torreón.

Rebelde contra Calles en 1923, cuando éste aspiraba a la presidencia, por adivinar en él al futuro tirano (intuición que no tuvimos los obregonistas, ni Obregón intuición de que también carecieron algunos de los hoy detractores de Villarreal).

Rebelde contra Calles en 1929, cuando la desaparición de Obregón hizo posible la consolidación de la hegemonía callista, contra la que, con doloroso retardo de cinco años, se levanta al fin unánime el clamoreo de la opinión pública...

Nada de esto se tiene presente en favor de Villarreal, quien si ha fracasado hasta aquí, es precisamente por no haber querido ser incondicional ni sumiso ante nadie.

Ese fracaso de orden práctico, no de índole moral, lo honra y lo enaltece; lo exhibe como hombre de principios.

Tampoco se abonan a la cuenta de Villarreal, sus preclaros, sus diáfanos antecedentes como precursor e iniciador del movimiento revolucionario, y como uno de los primeros definidores del credo agrarios.

Quiero y debo basarme en documentos que ante la historia y ante la verdad hacen fe, y no sólo en huecas declamaciones o en asertos sin pruebas.

En 1906, cuando nadie, o casi nadie, era agrario en México, el grupo rebelde de San Luis Missouri, encabezado y dirigido por Ricardo Flores

Magón, Juan Sarabia y Antonio I. Villarreal, producía y daba a luz un vigoroso programa de reforma social, y en el que con muchos años de anticipación se fijaban los postulados que habían de ser norma y guía de la futura revolución.

“Los dueños de tierras están obligados a hacer productivas todas las que posean —expresa dicho programa—; cualquier extensión de terreno que el poseedor deje improductiva, la recobrará el Estado.”

“El Estado dará tierras a quien las solicite, sin más condición que dedicarlas a la producción agrícola y no venderlas. Se fijará la extensión máxima de terreno que el Estado puede ceder a una persona.”

“El Estado creará o fomentará un banco agrícola que hará a los agricultores pobres, préstamos con poco rédito..”

El programa consigna también, expresamente, la obligación de restituir a las tribus indígenas y a las comunidades los terrenos de que hubieren sido despojados. Establece el salario mínimo, así como un máximo de ocho horas de trabajo.

Este programa está calzado con las firmas de Ricardo y Enrique Flores Magón, Juan y Manuel Sarabia, Antonio I. Villarreal y Librado Rivera.

Pasan los años, y Villarreal, fiel a sus convicciones agrarias, expide en Nuevo León, como Gobernador o Comandante Militar, un trascendental decreto sobre tierras.

Llega el momento del triunfo de la Revolución Constitucionalista, y al darse cuenta varios jefes, a fines de 1914, de que Carranza no da pasos para cumplir las promesas revolucionarias en materia social, hacen presión sobre él por medio de los Tratados de Torreón, en los que precisan sus exigencias.

Villarreal, al frente de los representantes de la División del Noroeste, propone la siguiente cláusula:

“Las Divisiones del Norte y Noreste, comprendiendo que la actual es una lucha de los desheredados contra los poderosos, se comprometen a... emancipar económicamente al proletariado, haciendo una distribución equitativa de las tierras y procurando el bienestar de los obreros.”

Villarreal sabe cumplir años más tarde, el solemne compromiso. Llegado en 1920 a la Secretaría de Agricultura, inicia desde luego la dotación y restitución de tierras, con un brío, con una perseverancia y con una energía de que ninguno de sus predecesores había dado muestras. Establece y cimenta la piedra angular del agrarismo, al conseguir la derogación del decreto de septiembre de 1916 que había sido suprimido contra toda razón,

las dotaciones provisionales, y es el primero en México que tomo sobre sí la tarea, apoyado por Obregón, de desafiar y vencer al latifundismo.

Pudiendo enriquecerse, se mantuvo pobre; pudiendo haber realizado gigantescos negocios con motivo de la reforma agraria, tan propicia para toda clase de venalidades, cohechos y prevaricaciones, supo conservar sin mancha alguna, su pureza y su integridad de revolucionario.

...¿Cuántos de los hombres que han pasado por la Secretaría de Agricultura o por sus dependencias, pueden decir otro tanto?

Allí está, a la vista de todos, el formidable haber revolucionario de que legítimamente puede enorgullecerse el señor general Villarreal.

Contestemos ahora, aunque sea brevemente, el último y el más infundado, el más frívolo de los cargos lanzados a nuestro expresado candidato.

Se dice y se repite que Villarreal perdió la batalla de Ramos Arizpe.

Es fácil demostrar, con testimonios y documentos irrecusables, que Villarreal ni siquiera estuvo presente en ese hecho de armas. Quien lo inició y lo dirigió, fue el general don Maclovio Herrera, valiente entre los valientes, quien llevado por su afán de gloria, no tuvo la paciencia o la prudencia de esperar los refuerzos que conducía Villarreal, y dando así la batalla en condiciones desventajosas, fue derrotado por el general Felipe Angeles.

Villarreal, entre tanto, había sido víctima de la desleal maniobra de los ferrocarrileros (de filiación o simpatías villistas) que conducían sus trenes, y los cuales, inmovilizando o “dejando muertas” las locomotoras, ocasionaron un lamentable retardo en el avance de la columna de Villarreal.

Todo esto puede comprobarlo este último con documentos irrefutables.

Pero queremos forzar el argumento, queremos suponer por un instante que haya sido Villarreal el derrotado en esa acción de guerra. ¿Qué se puede, en buena lógica, deducir de allí?

Francisco Villa, héroe victorioso en cien ocasiones, fue desbaratado por el general Obregón en Celaya, en León y en otras batallas y combates, y sin embargo, a pesar de esos reveses, Francisco Villa ha sido y es el más grande de los guerrilleros mexicanos.

Morelos, el genial, fracasó en su ataque sobre la plaza de Valladolid, en 1814, y su derrota no opaca, sin embargo, su gloria guerrera.

En la historia de México sólo hay un hombre que caminará de victoria en victoria, sin ser jamás vencido: el señor general don Alvaro Obregón.

Villarreal, sin duda, no es un genio como Morelos, ni posee las altas y excepcionales dotes estratégica que inmortalizaran a Obregón; pero Villarreal, sin llegar a la excelsitud como soldado, cuenta con brillantes

hechos de armas, en los cuales le correspondió de hecho la dirección o por lo menos una participación decisiva: la toma de ciudad Camargo, mandando él en jefe, en 1911 (plaza que fue conquistada palmo a palmo y atacando al enemigo en sus propios cuarteles); las batallas de Topo Chico y Monterrey en 1914, que produjeron abundante botín de guerra; la toma de Ciudad Victoria el propio año; la batalla de Santa Engracia, contra las fuerzas de Rubio Navarrete; la batalla de Ciudad Guerrero, Tamaulipas en 1914.

Podemos ya resumir, Villarreal, cumplido ciudadano, que por atacar al porfirismo, sufrió cinco años de penoso destierro y tres de prisión en las peores cárceles de los Estados Unidos; Villarreal, periodista de combate, que uniendo la acción a la palabra, supo empuñar las armas para dar el triunfo en el terreno de los hechos a las libertades y a los principios que con denuedo y heroísmo sostuviera en las columnas de "Regeneración", el periódico que preparó a las masas obreras y campesinas, para la conmoción revolucionaria de 1910; Villarreal, desinteresado siempre, honesto y generoso, que no ha acaparado millones a pesar de las múltiples ocasiones que se le han presentado; Villarreal, hombre digno, que jamás ha renegado de sus principios, ni servido de escabel a los déspotas, es hombre que merece estar, como de hecho se encuentra hoy a la cabeza de la oposición, arriesgando a cada paso su vida, en la lucha a muerte contra el nuevo tirano.

Una nueva razón: estamos con Villarreal, porque sabemos que su candidatura es la única que preocupa al Gral. Calles.

Lo anterior explica y justifica, cumplidamente, nuestra adhesión a Villarreal, así como mi posición personal dentro de las filas independientes. Lo anterior es también mi respuesta a la carta abierta que desde las columnas de "El Hombre Libre", se sirvió dirigirme mi estimable discípulo don Roberto Carriedo. Crea él, por otra parte, que de corazón agradezco sus frases de aprobación y simpatía por mi modesto esfuerzo como profesor en la Preparatoria.